

RÍASE LA GENTE

Un niño de Palamós ha ganado una quiniela: como llegue a ganar dos no vuelve más a la escuela... Pues la ventaja se ve al primer golpe de vista. (Las Juntas de Balompié que se hagan quinielistas)

MORALEJA:
El caso es ganar, mucho y de repente. Acierto yo quinielas, y riase la gente.

an corda

SAN FELIU DE GUIXOLS 21 DE ENERO DE 1954

Balance de unos días felices

De todas las fechas, jornadas y efemérides que el calendario subraya con tinte rojo, ninguna alcanza la calidad que fluye ardiente y espontánea en el ciclo navideño.



Desde las primeras sombras fosforescentes de la Nochebuena hasta el último grito jubiloso de los infantes que cierra la Epifanía, todas las horas de este ciclo son efluvios de bondad que brotan de aquel milagro que en Belén dictó la caridad — el más sublime y portentoso de la historia, — y cuyas ondas de paz, cabalgando sobre el potro de la verdad infinita, llegan hasta los últimos confines de la tierra.

Hoy que el ingenio humano lleva ya conseguidas tantas conquistas hasta el punto de que el mundo parece ya caber en la palma de nuestra mano, basta a cualquiera el que sepa manipular con ojo clínico los mandos de un simple aparato de radio, para darse cuenta que la unanimidad en celebrar las Navidades es, con las variantes de tradición y clima, total y absoluta.

SIGNO Y TRIUNFO UNIVERSAL

Si todas las lenguas son buenas para glorificar al Señor, debemos admitir igualmente que cada pueblo celebre gráficamente y externamente tan fausto acontecimiento con los ritos y formas que se hallen más acordes con la naturaleza y el carácter de su propia ideosincracia.

Los triunfos de Dios, por propia potestad y por su espontánea naturaleza, son siempre triunfos universales. Y la universalidad, como su mismo nombre indica, no es más — y concretamente en este caso — que someter la gran riqueza que presupone esta diversidad puesta en la recta que o todos nos dirige hacia la meta de una sola intención.

Y ello, a pesar de que en ciertas latitudes sigan el error y la desfachatez camuflando la verdad al crear a más de cuatro esperpentos.

ELOGIO DEL PESEBRE

Varios son los países, y España en la delantera, que han sabido glorificar estas jornadas con la pompa de sus mejores y más fieles tradiciones.

Nuestro rito pesebrístico, por ejemplo, es la más viva y la más auténtica plasmación de aquella primera Navidad que atrajo en pos de sí a los humildes y limpios de corazón, movidos por el encanto que hoy, al cabo de veinte siglos, siente todavía la buena gente cuando reconstruye en su hogar el retablo de aquella escena.

Igual que en el pasado año, y con respecto a nuestra ciudad, nos vemos de nuevo obligados en el presente a lamentar la au-

sencia de un pesebre público que, revestido con todas las dignidades artísticas, diera carácter a estas fiestas con gracia y tono de auténtica pincelada.

Esta nota de color fué por todos echada muy de menos, sobretodo al considerar que en esta baza nos jugamos tradición y perseverancia en una sola carta.

PRESENCIA DEL ARBOL

En cambio, los árboles de Navidad que ya en el pasado año se plantaron en gran número, vímoslos hogaño en multiplicación considerable.

Así como en pasadas ocasiones y para acelerar la digestión de las consabidas comilonas era fácil enrolarse en la disputa entablada entre los belenistas de cánones rígidos y los partidarios de nuestra forma típica y tradicional, hogaño la pacífica palestra se ha desplazado en torno del belén y del árbol, tomados erróneamente como dos signos contradictorios y en franca competencia.

La disparidad de opiniones ha sido general y como en todo la nota se ha visto en muchos casos exagerada. Por algo la templeza sigue siendo una virtud.

Ahora resulta que, buceando en el pasado, hay quien nos informa que el Arbol de Navidad andó por ahí de boga hace ya un par de siglos. Un belenista eminente, acosado por las preguntas del «speaker» de nuestra antena nacional, ratificó el sentido cristiano del árbol de neta tradición nórdica.

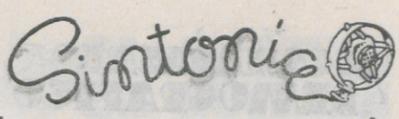
No obstante, a cada año que transcurre el árbol se prodiga más y más. Entre otras razones de orden práctico y estético, porque el árbol viaja a caballo de las películas que es el mejor vehículo para el transporte de todas las propagandas. Y nadie dude que contra ello la lucha va a resultarnos muy difícil.

Quizás por eso mejor sería que en lugar de entretenerse en ponerle de palabra cotos y valladares, tuviera alguien la genial idea de adornarlo con algún atributo autóctono que lo incorporara, sin escrúpulo para la conciencia, en la lista de nuestros ritos tradicionales.

En cambio, lo que de ningún modo debe tolerarse, es que la Navidad, fuente de las más buenas intenciones, sea tomada como pretexto para descuartizar nuestros bosques y montes ya de por sí muy anémicos y esquilados. Por lo demás, la gente seguirá construyendo sus belenes como hasta ahora allí donde exista un alma infantil que los aliente y vivifique. ¿O es que ustedes no se han dado cuenta que en el noventa y nueve por ciento de los casos el árbol se levanta en unión con el pesebre, o solo, en los hogares donde faltan los chiquillos, o éstos, ya crecidos, se volvieron ya mayores?

BIENVENIDA AL NUEVO AÑO

Si no fuera porque eso de echar cálculos a simple vista es



Filosofía del estornudo

Quando a uno le falta tema debe buscarlo donde sea. Es quizá por eso que a menudo vemos meter en manivela de manubrio, indistintamente, al frío y al calor, según la época del año en que el artículo se escribe.

Nosotros, a Dios gracias, vivimos en una ciudad donde el tema no falta nunca. Así que hoy no andamos faltos de recursos. La verdad es que andamos sobrados de catarros.

Esa ola de frío que en principio creíamos venta a decorarnos las Navidades, resulta que las mismas tocaron ya su término y la ola sigue tan campante sin haberse ni siquiera enterado.

La frialdad climatológica de estos días la llevamos calada hasta los mismos huesos. El aire punzante que nos llega de los Pirineos se nos cuele por puertas y ventanas, porque viviendo como vivimos a la misma orilla del Mediterráneo, estimamos que bajo el signo un tanto judío de nuestro temperamento, las casas podían construirse en plan estival, o sea a la echura de aquellos días felices que pasamos a la intemperie.

Los países nórdicos, que de antemano y previsores contaron con la existencia del frío, son a este respecto una verdadera filigrana y una auténtica maravilla.

Por eso aconsejamos a todo el mundo que vaya a invernar en los fríos bosques de Finlandia. Por lo menos hasta tanto que no sepamos prescindir de poner un colador en cada puerta y ventana. —POL

ganas de exponerse al error casi con precisión matemática, podríamos cifrar a un número verdaderamente impresionante el de aquellos guixolenses que festejaron, de muy diversos modos y maneras, la entrada del nuevo año.

He ahí otra costumbre que nos viene importada, aunque todos nos afanamos para asimilársela como a propia.

Hasta el día que, entrando ya de lleno en la nueva época, sean las doce uvas sustituidas por doce pildoras, que entonces también las tragaremos y aunque no sea más que para discutir si entran o no en los servicios del Seguro de Enfermedad.

FIESTA DE REYES

Y como remate de estos días, la Epifanía cerrando este ciclo de vacaciones invernales.

Según la nueva tradición guixolense — nueva a pesar de sus catorce ediciones anteriores — volvió a salir la Cabalgata que acompañó a SS. MM. por nuestras calles más céntricas.

Vaya por delante, tan sonoro como cordial, nuestro aplauso hacia quienes, calladamente entre bastidores, cuidan de organizar dicho cortejo.

Pero no olvidemos que las tradiciones se mantienen vivas cuando se mejoran constantemente. Vayan y reciban estas líneas de despido aquellos que deberían colaborar en la faena aportando como padres de familia toda la gran colaboración de su persona y entusiasmo.



« DON CAMILO »

de Giovanni Guareschi

Uno se imagina que es suficiente aval de la bondad y calidad de un libro sus seis ediciones, dentro del mismo año de su aparición. En realidad, se trata de un nuevo libro, de un nuevo tono, de un nuevo arte de exponer y decir, que en nada se parece al ritmo y pauta de la llamada literatura moderna. Pocas dosis de «literatura» encontramos en el libro, pero sí brazadas de humanidad. Una humanidad por otra parte, libre del estigma de la angustia, del complejo y de la duda, común denominador actual de las vidas en cualquier latitud de nuestro mundo. No; no es nuestro mundo el retratado en la obra que nos ocupa, es un pequeño mundo, el pequeño mundo de Don Camilo, asentado entre el Po y los Apeninos: Singular llanura Italiana, purificada por la poesía del río, que discurre plácido y lento, y que precisa miles de años para desgastar y pulir su más pequeña piedrecita.

El autor, en su prólogo, nos presta el apoyo de su mano para llevarnos sobre esa pequeña lonja de tierra, para sorprender su alma y apresar los latidos de sus entrañas. Inteligente y curioso prólogo, compuesto con tres historias, sendos cuentos que evidencian la maravillosa elementalidad de los pueblos y habitantes de aquella región ribereña. El prólogo es aviso y advertencia; como si el autor nos dijera: Así es mi pequeño mundo, así son mis personajes. Así, como un mandato, como una herencia insondable, como una elección en y al margen de la conciencia. Así, sin razón lógica que valga: porque sí, sencillamente así.

El lector está preparado. Se abre el primer capítulo. Empiezan las anecdóticas del cura gigantón y de Pepón, el comunista; las más de ellas centradas en el año 1946; alguna, en visión retrospectiva, más remota.

Son sobradas las leyendas, como cuentos blancos, con la sal de mamporros y estacazos. Los personajes son almas niñas que viven muy cerca de Dios, en la antesala del cielo, aunque blasfemen en la misma casa de Dios. Es el privilegio del pequeño mundo de la llanura, de esa llanura enclavada entre el Po y los Apeninos; no es perfil ni signo de nuestro mundo. Es un pequeño mundo que vamos queriendo al avanzar en la lectura; pequeño mundo que admiramos, hipotético y lejano como un bello sueño imposible. Visión confortante que deja paz en el alma, y triste y dulce sonrisa en los labios; y, en el corazón, el anhelo de que esa lonja de tierra desbordase al río y a las montañas vecinas, cubriendo, al fin, todo, el globo. Así, el pequeño mundo de D. Camilo sería también nuestro gran mundo.

Pegar sin odio, urdir emboscadas sin rencores, renegar de Dios, sirviéndole, raros milagros que difícilmente pueden producirse en los rebaños de la sociedad actual, en los que paca el cordero junto al lobo, envueltos ambos en postizas pieles de astracán.

Podríamos rogar a Dios para que tales milagros fuesen posibles. Y, de producirse el milagro, uno no duda de que el libro de Giovanni Guareschi sería la más santa oración ante el solio del Señor.

L. D'Andraitx